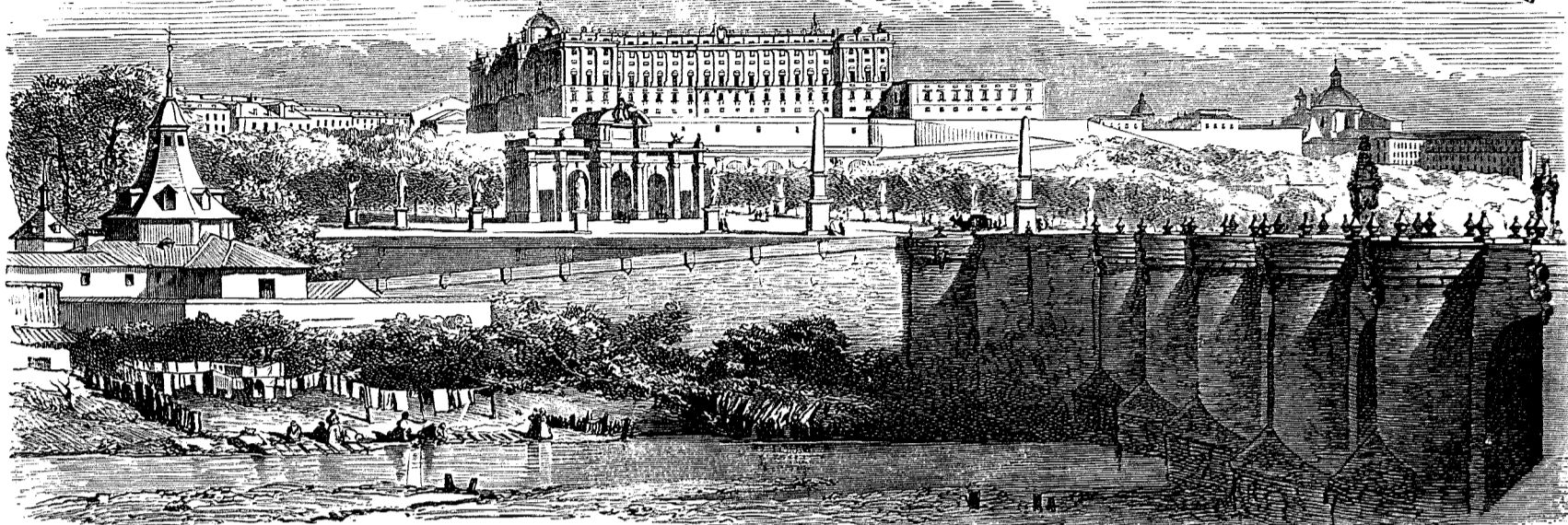


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 15 DE MARZO DE 1872.

NÚM. 53.

SUMARIO,

TEXTO.—Ecos, por *D. José Fernández Bremon*.—Crónica de la quincena, por *D. B. Pérez Galdós*.—Algunos breves rasgos para la biografía del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Eugenio de Ochoa, por *D. Pedro de Madrazo*.—Una novela por entregas, por *don Peregrín García Cadena*.—Don Marcelino García Obregon, por *X.*—Explicacion de los peinados, por *E******.—Puente del Diablo, por *X.*—La seccion cuarta del Museo Arqueológico Nacional, por *D. Fernando Fulgoso*.—Arco de Santa Maria, en Búrgos, por *X.*—Los conciertos y el cigarro, por *D. Antonio Peña y Goñi*.—La visita, por *M.*—El murciélago (poesia), por *D. Manuel del Palacio*.—Modas, por *Doña Maria del Pilar Sinués de Marco*.—No hay deuda que no se pague... Cuento original (continuacion), por *D. Alvaro Romea*.

GRABADOS.—El teniente coronel D. Marcelino García Obregon, dibujo de *D. Alfredo Perea*.—Puente del Diablo en Martorell, dibujo de *D. J. L. Pellicer*.—Excmo. señor D. Eugenio de Ochoa, copia de un retrato pintado al óleo por el Excmo. Sr. D. Federico de Madrazo, dibujo de *D. Alfredo Perea*.—Arco de Santa Maria, en Búrgos, dibujo del Sr. *Avendaño*.—La visita, cuadro pintado por *D. José Casado del Alisal*, dibujo de *D. N. Mejia*.—Una sala del Museo Arqueológico de Madrid, dibujo de *D. N. Fuster*.—Museo Arqueológico de Madrid. Puteal; Amphora; Oxybaphon; Hydria, dibujos de *D. N. Fuster*.—Modas: ultimos peinados, dibujos de *D. Daniel Perea*.

ECOS.

Preocupado mi espíritu por la lectura de grandes y continuos descubrimientos, he llegado á vivir en una alarma permanente. El vuelo de la mosca, el murmullo del agua, el aroma de un frasco, las últimas boqueadas de una lamparilla ó cualquier otro fenómeno de los más vulgares, parece que tratan de revelarme una ciencia nueva, ó un fluido no descubierto, ó los perdidos misterios de la magia: creo que todos los seres de la creacion me están haciendo señas para que observe sus movimientos, estudie su reposo, analice su estructura ó tome la medida de su sombra: figúrome que se rien de mi ceguedad, y pasan á mi lado, ó se detienen ante mí, resolviendo problemas científicos, publicando secretos, revelando la clave de la vida y ofreciéndome la felicidad, mientras

mi turbia inteligencia sólo distingue en torno mio, insectos que se arrastran, pájaros que trinan, hombres que cruzan, flores que se marchitan y nubes que se alejan.

Y sin embargo, un solo instante de atencion, convierte en famoso al hombre más oscuro, en pobre al rico, en sabio al ignorante: Allan-Kardec habia pasado su vida rodeado de seres sutilísimos que seguian sus pasos, se sentaban á su mesa ó retozaban en su cama, sin sospechar la existencia de aquellos espíritus diáfa-

nos: un momento de lucidez bastó á aquel hombre para ponerse en comunicacion con el mundo desconocido de las almas, y formar la secta espiritista. Desde entónces, los espíritus más graves visitaron su casa y escribieron con su lápiz; sus mesas y veladores volaron sin alas por el cuarto; sus amigos descansaron apoyados en el techo como globos, y una guardia de honor, invisible, protegió sus cristales contra las pedradas de los espíritus dañinos.

Predicado el espiritismo de pueblo en pueblo, imprimió libros, redactó periódicos, abrió cátedras y sostuvo discusiones. Doncellas epilépticas, impresionadas por los fenómenos más extraordinarios, juzgaron hallarse en íntimo contacto con los seres misteriosos: en el viento que penetraba por las rendijas, creyeron sentir el beso frio de un cadáver, y tomaron la opresion de su corsé por los abrazos brutales de un espíritu lascivo. Los mediums se introdujeron en las casas, sirviendo de intérpretes á los padres y mirando de reojo á las muchachas. San Agustín, San Luis, Santa Teresa, Newton y Cervantes, se expresaron en términos democrático-modernos, asegurando tener más sabiduría que los hombres, aunque sus respuestas jamás lo demostraban. Cervantes, por ejemplo, no se atrevió á contestar en su clarísimo lenguaje, temiendo no ser comprendido, y dió respuestas nebulosas en las frases más ambiguas. Los apóstoles de la secta, prometieron, en fin, completa moralidad á los iniciados, no obstante la intervencion continua de espíritus malévolos, y conservaron su seriedad apesar de las travesuras de otros espíritus burlescos é informales, que unas veces hacen saltar el tapon de las botellas para beberse el contenido, otras echan la zancadilla á una persona para que ruede por el suelo, ó descargan el fusil de un centinela para alarmar al vecindario, ó llenan de pasquines las esquinas, ó se colocan cerca del que sólo tiene un fósforo para apagarlo con un soplo.

Hubiera sido humillante para España no organizar una asociacion que rindiese culto á la religion de los



EL TENIENTE CORONEL DON MARCELINO GARCÍA OBRIGON.

incrédulos. Felizmente poseemos el *circulo espiritista* que ha inaugurado sus discusiones públicas hace pocos días. Al leer la noticia en los periódicos, no pude ménos de lamentar que las antiguas y olvidadas brujas no encontrasen en sus tiempos defensores tan ilustrados y elocuentes: á ser así, los que hoy se llaman médium videntes ó mecánicos, se llamarían simplemente bruja; y en vez de manchar cuartillas todas las noches, saldrían los sábados por las ventanas del círculo montados en sus lápices.

Porque, en realidad, los espíritus son bruja de-centes.

Para salir de ciertas dudas, quisiera ser médium vidente, ó lo que es lo mismo, tener la facultad de distinguir á esos innumerables séres que pasan por delante de nuestros ojos sin hacer impresion en la retina, más diáfanos que el cristal é impalpables como el aire.

Sabría entónces positivamente, sorprendiéndolos en la falta, qué espíritus glotones ó traviosos merman el aceite en las despensas, quitan á la olla la sustancia, divulgan las conversaciones más secretas, llenan de barro las botinas que no se han estrenado, revuelven los papeles guardados bajo llave, introducen en las casas correspondencias amorosas y cometen otros actos que el vulgo ignorante atribuye á los criados.

Vería á quién contestan los que pasan hablando solos por la calle; qué visitas reciben las mujeres á quienes sus maridos dejan encerradas; quién persigue á los pájaros cuando revolotean asustados dentro de la jaula; y qué espíritu de fabricante de cristal rompe tan á menudo los tubos de las lámparas.

Cotejaría, si no con el original, con su representacion más autorizada, todos los retratos que se suponen de Cervantes. Observaría cómo deciden las elecciones los espíritus ministeriales que se esconden en las urnas. Vería las espaldas que reciben todos los golpes de Estado, y los duendes que intervienen en las crisis misteriosas.

Me asomaría al taller donde se labran reputaciones literarias, para conocer los secretos de esa industria, y averiguaria quiénes son los espíritus que imponen silencio á los aplausos legítimos. Vería el mundo fantástico de donde toman sus composiciones el pintor, y el poeta sus imágenes. Y volvería la espalda á esta vida de tristes realidades, para mirar en otra vida de ficciones halagüeñas.

Pero acaso todos somos médiums videntes, cuando dormimos; las almas de los amigos, los héroes de las novelas y los personajes de la historia, se unen entónces á nosotros, nos acompañan y nos halagan, ó nos mortifican y persiguen.

Por esta razon creo, pensando piadosamente, que los médiums verdaderos han soñado todos los prodigios de que hablan sin reirse.

Cuando un médium, lápiz en mano, traza renglones en un papel, asegurando que Hipócrates le dicta sus cuartillas, es preciso creer en el milagro, ó faltar á la cortesía volviéndole la espalda.

Sucedo lo mismo en este caso, que cuando los indios enseñan una de sus reliquias más sagradas: introducen al devoto en un aposento sin ventanas ni rendijas, asegurando que la oscuridad del santuario es la sombra del gran Buddha conservada entre paredes.

Dirán algunos que el milagro indio desaparecería con sólo encender una cerilla: yo creo que los monges hallarian argumentos para insistir en el milagro.

Evóquese á Hipócrates con la intervencion de un médium que no sepa medicina, y seguramente, en vez de contestar aquel famoso griego, responderán en su nombre los espíritus burlones.

Estos espíritus son tan socorridos como los cajistas en la prensa. Falta un escritor á la ortografía ó comete un barbarismo, y se atribuye la falta á los cajistas.

Se congratulan los espiritistas de haber triunfado en muchas discusiones.

Si los que habitan en el Nuncio de Toledo, propusiesen á los cuerdos un debate acerca de sus delirios y manías, y el mismo Pico de la Mirandola resucitase para combatir tales extravíos ante un concurso de monomaniacos, saldría triunfante el abogado de los locos.

En dos categorías pueden dividirse los oradores que defienden el espiritismo.

Oradores sin fé, á los cuales no es posible conceder aquello en que no creen.

Y oradores de buena fé, de los cuales no es fácil ex-

plicarse cómo Dios los ha concedido el don de la palabra.

Pero bien mirado, no hay manera de discutir seriamente con los espiritistas, porque la polémica debería sostenerse en nombre del sentido comun ó en nombre de la ciencia.

Y resulta este círculo jocoso: el espiritismo se burla de la ciencia y el sentido comun se rie del espiritismo.

Es lamentable el divorcio del espiritismo y la ciencia: á no existir entre ámbos semejante abismo, podrian auxiliarse mutuamente.

El espiritismo no tropezaria á cada instante y la ciencia resolveria muchas dudas.

Se sabria el paradero del rey D. Sebastian; se harian grandes podas en los árboles genealógicos; se averiguaria si hay consanguinidad entre los hombres y los monos, y el médium más mecánico resolveria la cuadratura del círculo sin vacilar y en un instante.

Desgraciadamente, Franklin no ha indicado sobre la electricidad ninguna idea nueva, hoy que nos servimos de ella hasta para llamar á los porteros. Necker no se ha servido dar un buen consejo á nuestros hacendistas para salir de sus apuros. Copérnico no se ha dignado señalar un nuevo planeta, cuando hoy los descubre cualquiera que posea unos gemelos de teatro.

Lástima grande que no podamos leer en *La Correspondencia* un suelto de este género:

"Mañana, miércoles, por la intervencion del médium D. Fulano, Hipócrates explicará en el Ateneo las primitivas causas de la tisis, y el reputado Pero Grullo dirá lo que hay de verdad en la política española."

La penúltima palabra del progreso para los procedimientos criminales es el jurado. Falta todavía dar un paso y pedir el jurado espiritista: es indispensable añadir en el Código penal un artículo redactado en estos términos:

"Cuando no sean habidos los autores de un crimen, todos los médiums videntes se considerarán como encubridores."

Y creo muy razonable que en el círculo espiritista haya siempre un médium de guardia, para prevenir toda clase de delitos: esto daria un nuevo triunfo al alma sobre la materia; al espíritu del médium sobre el cuerpo de policía. Los malhechores se abstendrian de todo crimen; las arca de hierro se convertirian en picos y azadones; las cárceles en falansterios; las conciencias en hojas de periódicos.

Oigo ruido: el aire ondula en mi alcoba: siento roces suaves en mi cuerpo.

Todo me anuncia la presencia incorpórea de séres sobrenaturales.

Mis cabellos se erizan: mentalmente pido perdon á los espíritus.

Pero el ruido aumenta y vuelvo la cabeza con espanto: mi gato sale pausadamente de la alcoba abriendo la boca y levantando el espinazo.

Si no hubiera vuelto la cabeza seria espiritista.

Bien mirado el asunto, casi estoy decidido á retractarme de todo lo que he escrito.

No es conveniente indisponerse con los espíritus dañinos, que pueden dar un asalto á mi despensa, ó disparar en mi alcoba piezas de artillería, ó darme una serenata de sartenes, ó imitar en mi casa un terremoto. y hacerme sufrir interminables vejaciones. Ni es prudente combatir á los que tienen el poder de evocar mi espíritu miétras duermo, y pasearle desnudo por las calles.

Y es más agradable y provechoso tener confidencias espiritistas con las damas, servir de amanuense á Numa Pompilio y Galileo, recibir favores mundanos á cambio de servicios espirituales, y guiar á gentes impresionables y sencillas.

Acaso me decida: tal vez llegue á ser médium, y cuando vayan á visitarme los amigos, me encuentren pegado al techo, violando la ley de gravedad impunemente.

Concluyo haciendo una advertencia: por indisposicion de mi querido amigo Florez, el lector se vé privado en este número de sus *Ecós* interesantes é ingeniosos. Si los míos no agradan, como creo, conste que me los han dictado los espíritus burlones.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

Es triste que habiendo terminado nuestra última crónica con el desagradable comentario de una muerte, tengamos que comenzar ésta con el de otra. Está de Dios que estos artículos no puedan ser tan alegres como al principio nos propusimos, contrariedad ocasionada no sólo por la muerte, sino por acontecimientos públicos de tan peligrosa trascendencia, que difunden cierta melancolía por las columnas de toda la prensa española, lo mismo la política que la literaria.

Pero dejaremos para despues este segundo punto, y nos quedaremos por ahora sólo con la muerte, trayendo á la memoria la persona y las obras del Sr. D. Eugenio de Ochoa, cuyo fallecimiento, acaecido en los últimos días de febrero, fué motivo de verdadero luto, no sólo para los que le trataban y habian tenido ocasion de apreciar sus virtudes y eminentes prendas así morales como intelectuales, sino para aquellos que sólo tenían con él esas relaciones impersonales y vagas que establecen los escritos literarios y la mútua lectura. Si las letras no fueran tan gran cosa porque cultivan y depuran el sentimiento de los pueblos, haciendo más agradable la vida y quitando al hombre gran parte de su natural aspereza, ¡qué nobles no serian por establecer tan íntima y cariñosa fraternidad, áun sin que medie el trato social, entre los que se dedican á ellas, con más sinsabores que provecho, sobre todo en nuestra España!

En el gremio literario hay aquí mucho que no merece gran estimacion: *Bohemia* infecunda que ha olvidado la gracia sin mejorar de costumbres, y es tan inútil para la sociedad como para la literatura. Pero al mismo tiempo hay individualidades tan simpáticas, tan apreciadas y venerables por todos conceptos, que cuando la muerte viene impensadamente en busca de alguno, no es posible reprimir un sentimiento de angustia, como si nos unieran con ellos lazos más estrechos que los de la admiracion.

El Sr. Ochoa era hombre de esta clase. Su talento era de esos que convencen al pronto y conquistan un amigo en cada lector, por la insinuacion amena de su forma, por la sinceridad de sus opiniones, por cierta entereza de pensamiento, mezclada de la dulce modestia que le ha sido siempre propia. Resplandece en todos sus escritos una encantadora afabilidad, libre de afectacion cortesana; y ya escribiendo crítica, ya disertando sobre temas de moral, de costumbres ó de filosofía, siempre nos ha cautivado aquel reposo inefable, no turbado por la duda; aquella bondad, aquella honradez, cualidades todas que, haciendo uno solo del sér moral y del escritor, imprimian un sello de indeleble personalidad á cuanto producía su pluma. La claridad observando, la reposada vehemencia sintiendo, la rectitud al pensar, todo lo que constituía su persona de literato y de hombre, era fuerte motivo para que se sintieran inclinados á quererle cuantos le leían. Y no digo esto fundándome en impresiones propias, pues no parecerian imparciales en quien, gracias á la tolerancia crítica del Sr. Ochoa, tuvo motivos para quedarle constantemente agradecido. El juicio que precede es el juicio unánime del público, y resulta de observaciones hechas ántes de que aquel eminente escritor escribiera en este mismo periódico palabras dictadas por su extrema bondad y su grande amor á la juventud, de que siempre fué consejero y guía.

Muerto en edad madura, pero no tan alta que no pudiera contar aún con muchos años de trabajo y de gloria, el Sr. Ochoa ha dejado una multitud de obras, entre las cuales las hay de pura invencion, como poesías y dramas; traducciones admirables del francés y del latín, como la monumental traducción de Virgilio, y por último producciones de crítica literaria, de viajes, artículos varios, compilaciones, prólogos y trabajos de erudicion amena.

Romántico en su juventud, más por la influencia de la época que por propio temperamento, escribió varias poesías, y poco despues el drama *Incertidumbre y amor*, que alcanzó gran éxito, representado por Julian Romea y Matilde Diez. Establecido en París en 1837, emprendió traducciones varias y difícilísimas, pues empeñado en comunicar literariamente ambos países, lo mismo traducía del francés al español que de éste al francés, empresa en extremo difícil, que sólo podía llevar á cabo dignamente quien tan á fondo conocía ambos idiomas, siendo para él igualmente fácil expresarse en uno ó en otro. El compiló además las obras de Figaro; dió á conocer en la América latina las mejores obras de la España moderna, y haciendo en París lo que aquí por lamentables causas no era preciso hacer, dió gran impul-

so al comercio de libros españoles con las repúblicas hispano-latinas del Nuevo-Mundo.

Pero su obra maestra en este linaje de trabajos es la traducción de Virgilio, la más bella y concienzuda de cuantas se han hecho en España por laboriosos humanistas. Es indecible el encanto con que se lee en prosa castellana los mejores trozos de elocuencia épica que escribió el gran mantuano, y dadas las relaciones de nuestra lengua con su antigua y noble madre, conocidas las diferencias esenciales que entre ambas existen, no es posible decir mejor y más llanamente en español lo que se ha pensado con tanto vigor en latín. Además del mérito literario de esta versión incomparable, el Sr. Ochoa ha hecho en ella una depuración exquisita del texto, adoptando la edición cuarta de Heyne, publicada en Leipsique desde 1830 á 1841, y que pasa entre los eruditos por la más conforme á la ortografía virgiliana. En esta ILUSTRACION se ha publicado un artículo, en el cual su actual director ha juzgado estensamente la obra del Sr. Ochoa *.

Una multitud extraordinaria de artículos críticos y literarios completan la corona literaria de este eminente escritor, cuyos trabajos en tan varias materias merecen ser coleccionados para que no se pierdan en el *mare magnum* de confusión y de olvido que constituye la prensa periódica, y para que la posteridad forme idea acabada y concreta de quien con tanto talento y asiduidad cultivó las letras.

Pasando de esta fúnebre memoria á los sucesos presentes de la vida pública, no es probable que pierda esta crónica el tono melancólico y la expresión sombría con que ha comenzado. La coalición es el tema principal en todos los círculos, y ha de observarse, decimos esto con toda imparcialidad, que hablando de ella, se ponen igualmente ceñidos y tristes los que la combaten y los que la defienden. No haremos ni lo uno ni lo otro, respetando y conservando la dulce neutralidad de estas páginas donde las apacibles artes tienen su asiento, y donde ningún discordante ruido de la política debe hacer su habitación. Únicamente nos será permitido una pequeña referencia histórica, diciendo que aquel acontecimiento, grave bajo cualquier aspecto que se le mire, fué llamado primero *coalición nacional*, por cierto con tendencias tan pavorosas, que ponían miedo en los corazones de los más despreocupados y aventureros. Más tarde la coalición ha descendido de aquel trípode misterioso y trágico en que al principio se sentó, para ser tan sólo un convenio electoral. No censuraremos este repentino achicamiento de máquina tan terrible, y ya fuera la conveniencia, ya fuera el patriotismo, el móvil que determinó un cambio por el cual se quita parte de su fuerza y alcance á aquel proyecto, no debemos entristecernos porque las cosas se encierren en sus naturales límites. La agitación pública es grande en Madrid y en provincias, y hasta que la urna electoral, la temida y siempre consultada esfinge, no hable con lenguaje solemne para aclarar todos los enigmas y disipar todas las dudas, debemos esperar, sin dar gran importancia al estro profético de los vaticinadores.

Hace poco el telégrafo nos trajo la noticia de un atentado contra la reina Victoria, persona que nosotros creíamos libre de esta clase de sustos, no sólo por su carácter, sino por la cordura y espíritu monárquico del pueblo inglés. La cosa no ha sido más que una de esas bromas pesadas que suelen tener los locos, pues después de haberse ocupado el telégrafo en conmovér á todos los países que disfrutan de los beneficios de la electricidad, resultó que ni la pistola del desaharrapado jóven irlandés estaba cargada, ni aunque tuviera todas las metrallas de la guerra franco-prusiana, habría podido hacer fuego, á causa de estar tomada de orin y en estado de completa ruina.

Sin embargo, apesar de que esto no ha sido cosa de fundamento, Inglaterra está y estará siempre muy alerta con la cuestión feniana, y más aún con la propaganda republicana del partido que capitanea mister Dilke, partido cuyos ruidosos *meetings* han conmovido recientemente la vasta capital de la Gran Bretaña. Si las instituciones tan liberales como antiguas de aquel ilustre país fueran imprudentemente modificadas, y se apoderaran del gobierno clases sin representación territorial ni verdadera capacidad moral para tan gran fin, no sería difícil que las gravísimas complicaciones que afligen el continente aparecieran más formidables en

* Véase LA ILUSTRACION DE MADRID, número 5, 12 de marzo de 1872.

la hasta hoy afortunada y siempre envidiada isla. La cuestión social, el tremendo enigma del porvenir, no azará la cabeza en ninguna parte de un modo tan aterrador como en la fabril Inglaterra, donde la miseria y los dolores del proletariado, que tanto exageran los propagandistas de la *Internacional*, tienen un fondo de verdad no disimulado por el lujo y el sibaritismo de la ciudad que merece con mejores títulos que París el nombre de Babilonia.

En París están en pleno anacronismo literario. ¡Ruy Blas! ¡Cuántos recuerdos habrá despertado la exhumación de esta antigualla del romanticismo! ¡Cuántos corazones hoy viejos y gastados por la pasión política habrán latido con un resto de entusiasmo al ver el drama de los buenos tiempos, de aquellos tiempos en que había partidos literarios como hoy los hay políticos, y en que se trababan entre la gente de pluma guerras tan encarnizadas como las que sostuvieron Vaquerie, Planché y otros más ó menos fanáticos en su respectiva escuela. El romanticismo, desenterrado en el Odeon de París, tiene ya pocos adeptos, y nadie toma como cosas serias aquellas reinas que se enamoran de los lacayos, aquellos bandidos que se matan en cumplimiento de una palabra, las Lucrecias regeneradas y los Tribuletes convertidos en arcángeles. Sin embargo, según dicen de París, Ruy Blas continúa llamando la atención, no siendo ajenas á este éxito las alusiones ó aplicaciones que el público hace de algunas elocuentes frases, que parecen hechas para personajes modernos, tan buenos patricios como los cortesanos de Carlos II. El drama en sí contiene falsedades y bellezas de consideración, extravíos é inspiraciones de gran bulto, siendo además notable por la falta absoluta de verdad histórica, pues ni aquella es la corte de España, ni aquella dama es María Ana de Nebourg, ni los personajes llamados don *Sallustio*, D. *Guritan* y D. César han vivido jamás entre nosotros. Sobre la falsa base de un asunto violento y de unos tipos concebidos con la exagerada intención moral propia del gran poeta, éste ha tejido una tela admirable en los monólogos, en los coloquios, impregnados de cierto lirismo alucinado, que si en algunos momentos fatiga y marea, en otros produce verdadera fascinación.

No se olvida nunca aquel incomparable verso que pone en boca de la reina, cuando ésta, no sabiendo cómo vencer su abatimiento, se decide después de grandes vacilaciones á leer la carta de Ruy Blas, que guarda en el seno, y exclama:

Quant l'ame a soif, il faut qu'elle se désaltère
Fût-ce dans du poison!

Aquí, apesar de que la gente anda un poco preocupada, no se ha perdido la higiénica costumbre de buscar distracción en los espectáculos públicos. En honor de la verdad, los teatros principales han puesto en escena obras notables, descollando el teatro Real con *Dinorah*, una de las creaciones más hermosas del gran Meyerbeer. Comparada con el *Profeta* ó la *Africana*, esta ópera, por las proporciones y la importancia, casi se puede llamar modesta. No hay aquellos concertantes que pueden llamarse monumentales; ni aquellos trozos de instrumentación que evocando en nuestro ánimo recuerdos de otro arte y de otro orden de cosas, nos parecen tallados en colosal granito; ni aquella severidad religiosa que trae al pensamiento la antigua liturgia y la soledad de los claustros clunienses. Pero sin dejar de ser una música festiva la de *Dinorah*, tiene la misma profundidad, la misma expresión de vago naturalismo, el mismo encanto de las grandes óperas del célebre berlinés.

Pero en cuestiones de música y en la presente estación, no es probable que nadie le quite al Circo de Madrid y á sus conciertos clásicos la supremacía del arte y el favor del público. En estos conciertos, el último parece siempre el mejor; y si no fuera porque accidentes mercadísimos del público y del local indican sin género de duda que estamos en Madrid, los esfuerzos de nuestros admirables profesores músicos nos harían creer que estamos en Munich, en Dresde ó en aquel clásico rincón de Alemania, el pequeño reino de Sajonia Weimar, donde el Norte tuvo su Atenas por la poesía y por la música.

La sinfonía *Struensée* de Meyerbeer; la cuarta en la de Mendelssohn, la grandiosa overtura de *Coroliano* de Beethoven, y el *andante* del cuarteto en *sol menor* de Haydn, son las piezas que parecen alcanzar más éxito en esta temporada. La Sociedad de conciertos no desmaya, y sin dejar de comprender que esta clase de solemnida-

des musicales no es de las que viven exclusivamente de la novedad, procura renovar todos los años su repertorio. Apesar de todo, no creemos que deba volver la espalda á las cosas viejas, y ya es tiempo de que oigamos de nuevo la inolvidable *sinfonía pastoral* de Beethoven, cúspide del arte, obra que vivirá mientras haya un violín y un arco sobre la tierra. Respecto á lo novísimo, no estará de más recordar á la Sociedad de conciertos la última producción de Gounod, titulada *Gallia*.

Y en tanto continúan los síntomas de una completa invasión musical. Habrá ópera italiana en el Circo de Rivas, ópera italiana en la Zarzuela, ópera bufa en todas partes, y como si no fueran bastantes los locales de distinta belleza y capacidad que tiene Madrid en su recinto, en la calle de Alcalá se construye un soberbio teatro, el cual se dá tanta prisa por concluirse, que milagro será no lo veamos terminado en el próximo otoño. Esto es bueno, y ya que de construcciones urbanas hablamos, conviene indicar que nunca se ha visto en Madrid tal furor por edificar, hecho poco conforme ciertamente con la penuria en que al decir de algunos vivimos. Se edifican casas, palacios, mercados, teatros y hasta iglesias. Esto, unido al portentoso lujo de este invierno en los saraos y salones, nos obliga á no dar completo crédito á los que, sin duda con doble intención, nos pintan con terribles colores el mísero estado de los jornaleros y de los que viven de la pequeña industria. La verdad es que si prescindiendo de lo que un día y otro nos dicen sus entrometidos defensores, nos acercamos á ellos para preguntarles por su suerte, sacaremos en limpio que no les va tan mal.

B. PEREZ GALDÓS.

ALGUNOS BREVES RASGOS

PARA LA BIOGRAFÍA

DEL EXCMO. E ILMO. SEÑOR D. EUGENIO DE OCHOA.

Sr. D. Bernardo Rico:

Muy señor mío, de mi consideración y aprecio: Ha tributado Vd. un generoso homenaje á la memoria de mi amado hermano político D. Eugenio de Ochoa grabando el retrato para la acreditada ILUSTRACION DE MADRID, y ha tenido Vd. además la delicadeza de enviarme á pedir algunos renglones que acompañen á su excelente obra.

Agradeeceré toda mi vida uno y otro obsequio, y pronto á coadyúvar desde luego al bondadoso propósito que le anima al dar á los lectores de esa revista la semblanza de uno de los hombres que más han contribuido al florecimiento de las modernas letras españolas, me presto gustosísimo, pasados los primeros días del vivo dolor en que á todos sus allegados nos ha sumido su muerte, á reconcentrar mi memoria para allegar algunos rasgos característicos que, pintando al sér intelectual y moral, completen el retrato corpóreo trazado por el hábil hierro que ha de dar á Vd. duradero renombre.

Agradezco á Vd. además que, al imponerme tan cortesmente la precisión de evocar antiguos recuerdos, alegres unos y melancólicos otros, me haya arrancado de la escena desgarradora á que estaba tenazmente adherido mi pensamiento. Usted, que presencié algo de aquel tristísimo cuadro; Vd., que fué testigo del estupor de toda aquella familia en el momento de helarse en sus labios la sonrisa de una ciega confianza con la horrorosa certidumbre de una catástrofe de súbito desplomada á impulsos de una dolencia traidora; Vd., que supo después que una sombra fatídica había invadido aquella morada, hasta pocos días antes templo de la poesía, de la música, de la felicidad, y que la pérdida absoluta de la esperanza había puesto fin á la desconcertada actividad de la esposa, de los hijos, de las compasivas Hermanas de la Caridad que le asistían, y de los buenos amigos, y aun á la generosa solicitud de los médicos; que Ochoa recibió la visita del Dios de paz transubstantiado, lleno de emoción y de consuelo; que durante el religioso acto, la numerosa comitiva que llenaba su aposento y cubría la misma escalera escuchó con edificación inefable palabras de unción y de fé que articuló el paciente; y que por último, solemnemente demudado su semblante en una larga agonía, todos los que con lágrimas regábamos su lecho buscábamos en vano en aquellos alterados lineamentos la expresión cariñosa de toda la vida y la luminosa inteligencia que había mitigado todos nuestros infortunios; Vd. comprenderá cuán grande es el beneficio que me hace al obligarme á ahogar, siquiera por breves momentos, esas dolorosas



PUENTE DEL DIABLO, EN MARTORELL.



EXCMO. SEÑOR DON EUGENIO DE OCHOA.

impresiones, para embalsamar mi mente con la brisa primaveral de las pasadas memorias.

No me es posible en el brevísimo plazo que las exigencias tipográficas de LA ILUSTRACION DE MADRID me prefijan, trazar una formal necrología del que fué siempre para mí, más que otra cosa, dulcísimo hermano; ni semejante tarea puede corresponder á quien, por la misma causa, habria de parecer, no su biógrafo, sino su panegirista. Yo deseo, mi apreciado amigo, pues ya no titubeo en dar á Vd. este nombre, dejar correr á su antojo el raudal de los afectos que en esta ocasion se me agolpan, y prescindir de todo método de rutina para decir á los que personalmente no trataron al sagaz escritor público, al aplaudido autor dramático, al que habiendo sido en su primera juventud ardiente propagador de la *escuela romántica* en España, fué luego en su edad madura felicísimo intérprete de Virgilio; al erudito anotador y comentador del *Cancionero de Baena* y de casi todos los poetas líricos y dramáticos españoles; al académico discreto; al prudente Director de Instrucción pública; al juicioso Consejero; al hombre de Estado y al leal servidor de la corona, y sobre todo al ele-

gante y persuasivo poeta, que más que otro ninguno ha tenido el derecho de llamar á sus versos *Ecos del alma*, quién fué este literato y estadista en su vida íntima, en lo recóndito de su santuario psicológico, tal como él mismo se retrataba en sus más espontáneas producciones.

Escritores más aventajados, y de seguro menos apasionados que yo, dirán al público todo lo que Ochoa hizo por la literatura patria, en que se cifra su más hermoso timbre, durante una vida de trabajo incesante que, apesar de haber concluido á los 56 años, resulta larga y llena de acaecimientos, por haber comenzado en los mismos umbrales de la adolescencia. Ellos preparan ya, si no un juicio crítico, imparcial y maduro, al ménos un sumario exámen de las muchas obras que Ochoa dió á luz desde que en 1834 se preparaba con ensayos literarios, dramáticos * y líricos, siempre mati-

* Antes de esta época, y á la edad de 14 años, habia ya escrito, entre muchas composiciones de toda especie, una graciosa comedia titulada *D. Carlos murió en la Habana*, que varias veces nos proporcionó accesos de verdadera risa convulsiva en nuestros ratos de ocio y fraternal abandono.

zados de gracia é ingenio, á fundar con su cuñado Federico de Madrazo *El Artista*, periódico de perdurable memoria, que fué en nuestro país el despertador de los más preclaros ingenios. Acaso no tengan noticia los dignos escritores que se ocupan en esa biografía, de algunas obras que yo conocí, como por ejemplo el drama *Matilde*, lastimosamente extraviado en el teatro del Príncipe con una bella traducción que hizo del *Kean*, de Alejandro Dumas; otro drama titulado *Jeanne la olle*, que escribió en París en correcto idioma francés, en 1838, en la misma mesa donde yo hacia mis estudios de legislación penal, mi preocupacion constante en aquel tiempo; un *Manual de literatura* que redactaba en 1868, y que compaginaba con tan portentosa facilidad durante su residencia en *Eaux Bonnes* aquel verano, que llenaba diariamente al pié de 38 cuartillas, segun él mismo me manifestaba en una carta fechada allí el 20 de agosto. Pero unas cuantas flores más ó ménos no cambian la naturaleza de la planta. Ellos, pues, se harán cargo de lo que significan y valen las producciones de Ochoa en *El Artista*, en *El Español*, en *La Abeja*, en la *Revista Enciclopédica*, en *El Católico*, en

El Domingo, en La España, en El Heraldo, en la Revista Hispano-Americana, en el Semanario Pintoresco, en El Amigo del Pueblo, en El Orden, de Buenos-Aires, en el Correo de Ultramar, en el Journal des Débats, en el Moniteur, en la Revue de Paris, en La América, en la Revista Española de Ambos Mundos, en La Ilustración Española y Americana, en la Revista Española y en LA ILUSTRACION DE MADRID. Ellos el mérito que contrajo quien difundió por Europa desde su residencia de París el conocimiento de los poetas y prosadores españoles por medio de más de 40 tomos de obras, ya completas, ya puramente selectas, ora impresas, ora inéditas, y de Tesoros en que encerró todos los ramos de nuestra fecunda literatura patria, al propio tiempo que generalizaba en España con sus Horas de invierno y sus Mañanas de primavera, sus Lecturas amenas y sus Lecturas morales, y con la version castellana de obras de todo género, de David Hume, de W. Scott, de Lamartine, de Poulzat, de Víctor Hugo, Dumas, Jules Sandeau, Bouchardy, etc., la afición á la más renombrada literatura extranjera. Ellos quilatarán el valor de las traducciones de obras científicas que hizo Ochoa, y de los comentarios con que las enriqueció, en el tratado de Economía Política de Garnier, en la Creación de Ed. Quinet, en las Formas de gobierno de Hyp. Passy, en el Tratado de Física de Privat Duchanel; el caudal de su erudición literaria, sólida y de buena ley, en su Catálogo razonado de los manuscritos españoles de las principales bibliotecas de París, en su edición del Cancionero de Baeana y en su clásica traducción de todas las obras de Virgilio; y por último, ellos analizarán al escritor exegético en su sabrosa Miscelánea de literatura y viajes, en sus estudios críticos titulados París, Londres y Madrid, en su bello prólogo á la reciente edición de la Corona poética de la reina María Cristina; al escritor dramático sin ambiciosas pretensiones, en las comedias Incertidumbre y amor y Un día del año 1823, y al poeta comentalista* y profundo en los encantadores Ecos del alma.

Dejo, pues, ese vasto campo, y vengo á mi terreno.—Era Ochoa un hombre amante de la paz y de la concordia, idólatra de lo justo, de lo racional y ordenado; en sus sufrimientos resignado y humilde, en los dolores agenos tierno y compasivo. Nadie mejor organizado que él para sentir la que me atrevería á llamar poesía de la benevolencia. Algunas deformidades morales le contristaban profundamente; pero nada como el ceño inmotivado, la cólera estrepitosa, y la crueldad con los pequeños.

Para los que sufrían tenía consuelos llenos de persuasión. Me reservaba para mí sólo, como un aficionado á perfumes recelaba avaricioso una preciosa esencia que no se vende: la noticia de un librito de 32 páginas que mi querido hermano compró en Londres y traducía á ratos perdidos en París en el otoño de 1855, cuando Dios me arrebató á mí por mis pecados dos hijas en el espacio de doce días; pero ahora la echo á volar, juntamente con otros secretillos, porque la carta en que él me la comunicaba es una de las que he elegido entre el grueso mazo de cartas que conservo tuyas, para dar á conocer su hermosa alma y una de las más interesantes fases de su talento, cual es la facilidad, originalidad y tersura de su estilo epistolar.

Con vivo dolor (me escribía desde París en fecha del 25 de octubre) hemos sabido por un parte telegráfico de P... la cruel desgracia con que Dios ha querido probaros. Mucho valor necesitáis para sobrellevar ese duro golpe; pero tal está el mundo y tan triste es el porvenir que se presenta á los vivos, que, áun prescindiendo de consideraciones más altas, la suerte de los que se van, lejos de causarnos aflicción, debe parecernos la prueba de un especialísimo favor de Dios.—Ahora cabalmente estoy entretenido á ratos ociosos en traducir un admirable cuadernito que compré en Londres, titulado: To a christian parent on the death of an infant. Son páginas escritas con el corazón. A fuerza de leerlas, encantado de encontrar en ellas á cada nueva lectura alguna nueva belleza, he llegado á aprenderlas de memoria, y de buena gana te las enviara si tuviese más de un ejemplar. Todas las verdades (vulgares ya sin duda de puro repetidas y que por lo mismo no producen efecto), todas las verdades que deben consolararnos en la pérdida de los hijos, especialmente de los pequeños, adquieren allí la fuerza de una demostración matemática. El tratadito está en prosa, pero contiene además frecuentes y muy breves sentencias en verso, tan encantadoras como esta:

Our hearts are fastened to the world
by strong and various ties;
but every sorrow cuts a string
and urges us to rise.

* Expresión de Maroncelli que juzgo muy feliz.

"Nada es más útil en las grandes penas que ocupar el espíritu en cualquier cosa: yo lo sé por una larga experiencia: tres veces he bebido la amarga copa que ahora estás tú apurando: ya ves que puedo hablarte con autoridad de maestro."

El horrible trance en que se vió á los seis años de escrita esta carta, había de llevar esa copa á sus labios por la cuarta vez!—Quisiera olvidarlo.—El amigo que tan fraternales consuelos me daba en 25 de octubre, volvía á escribirme en 11 de noviembre:

"No sé cómo expresarte la gran pena que todos hemos tenido al saber la nueva desgracia que Dios os ha enviado. ¡Pobre Adelaida! Me parece que la estoy viendo, con sus grandes ojos tan azules y tan inocentes... Mejor está que estaba, mil veces mejor que estamos nosotros. En estas ocasiones es cuando mejor se siente toda la dulce poesía, ó más bien toda la verdad que se encierra en la antigua costumbre de España, que aún conserva el pueblo, de celebrar con danzas y regocijos la muerte de los niños pequeños. Bajo otra forma lo mismo hace la Iglesia. La primera vez que yo ví, en el puente de Toledo, una porción de mujeres y niñas, vestidas de blanco y llenas de flores, bailando alrededor de una caja en que iba descubierto el cuerpo de una criaturita muerta, me escandalicé; ahora me parece que no puede expresarse de un modo más tierno ni más significativo la alegría de tener en el cielo un ángel que mire por nosotros."

Pero estos consuelos no podían ser eficaces para él cuando en 1861 padecía el grande infortunio que había de acibarar los diez años postreros de su vida. Aplazo por segunda vez el entrar en esta horrible fase, cuyo recuerdo me hace aún erizar el cabello, para poder dar á Vd. y á los lectores de ese periódico que tienen la bondad de leer esta carta, una leve idea de las demas cualidades que resaltan en el estilo familiar de Ochoa en los pocos años que, hasta esa funesta fecha de 1861, le quedaban aún de felicidad á medias.

Su benevolencia no era aquella virtud egoísta que tiene por único objeto el bien de la propia familia; se extendía á todos, especialmente á los que sufrían: era la verdadera y genuina caridad cristiana, y su ternura con sus amigos desgraciados no tenía límites.—La primera y bella esposa del distinguido escritor y jurisconsulto D. J. F. P. falleció en París víctima de una enfermedad que hace dolorosos estragos entre las personas de aquel sexo, y escribiéndome Ochoa acerca de este triste suceso, me decía: "Ha pasado tu hermana la noche velando á la pobre Dolores P..., que desde antecayer está en la agonía con todos los Sacramentos recibidos, y que regularmente no saldrá del día de hoy. Padece de un cáncer, y su calentura ha tomado desde ayer un carácter tifoideo, por manera que ya no tenemos esperanza alguna. ¡Pobre Dolores! Conserva toda su razón, y habla de su próxima muerte con alegría, aunque no parece ni el más leve dolor."—Y es curiosa la continuación de esta carta, porque marca en la mente de Ochoa una tendencia saludable á asirse tenazmente á todas las revelaciones y manifestaciones de la vida futura del espíritu contra el materialismo volteriano.—"Asegura que ha visto á Dios y á la Virgen y que su única pena nace de la compasión que nos tiene á todos los que nos quedamos en este valle de miserias. Habla y conoce á todos, y á todos nos llama de tú. ¡Es cosa singular! A la cuenta nos mira á todos como hermanos. Creo evidente que en los límites de la vida el alma tiene percepciones sobrenaturales, que en nuestra ignorancia calificamos de delirios, y que, bien observadas, podrían darnos mucha luz sobre las cosas de este mundo y las del otro.—Aunque con la frialdad propia de mi carácter y con el poco tiempo que me dejan libre ocupaciones preferentes, sigo en mis ratos ociosos estudiando teóricamente la cuestión del magnetismo espiritual. He asistido como mero espectador á dos sesiones del baron Du Potet, y mi asombro ha sido de punto, aunque el incrédulo G..., que me acompañó á una de ellas, dice que todo es farándula. Se engaña, ténlo por cierto. Allí hay algo: el tiempo lo aclarará."

Y ya que nos hemos metido en pleno espiritismo, no quiero que quede inadvertida la formalidad y buena fé con que tomaba Ochoa estas novedades en su sed de apurar la verdad de todo.—"Voy á contarte una cosa (me escribía por aquellos mismos días) que me tiene asombrado y que creo te sorprenderá: nos pasó ayer á tu hermano F... y á mí. Ni uno ni otro creemos, como ya supondrás, en lo que llaman los espíritus, que tienen trastornado el seso á casi toda la América del Norte; pero instados por S... y por D. P. R... á quienes tiene fanatizados esa doctrina, asistimos ayer á las dos á una sesión espiritista en casa de un es-

pañol, amigo mio, persona muy respetable. Eramos entre todos siete, y en este número entraba L. P..., tan incrédulo, ó más bien predispuesto contra esas locuras, como F... y yo. No voy á juzgar, por supuesto, sino á referirte lo que vimos, advirtiéndote que tengo (tal vez me engañe) una absoluta convicción de que allí no hubo fullería; creo que no pudo haberla; P..., F... y yo lo hubiéramos conocido. Despues de una larga y curiosísima historia de la conversión de S... en Nueva-York, que omito, pasamos á los experimentos. Formada la cadena por los siete alrededor de una mesa, ésta empezó á girar á los cinco minutos, sin que ninguna de las explicaciones físicas de este fenómeno que he leído, y son muchas, me pareciese aplicable á aquel caso. Apoyando fuertemente las manos y los pies, hicimos parar la mesa; pero aquí empezó lo realmente notable. S... preguntó si había acudido algun espíritu al influjo de nuestra cadena magnética, y la mesa, levantando dos veces una pata y dando con ella dos fuertes golpes en el suelo (señal convenida para afirmar), contestó que sí. Preguntado su nombre, contestó de la manera convenida (por golpes correspondientes á las letras del alfabeto) que era el espíritu de Octavia. Del mismo modo contestó á varias preguntas, siempre con acierto; mas como estas eran fáciles de contestar y además estaba presente S..., que me inspiraba cierta desconfianza, te confieso que poco ó ningún efecto me producía aquello. Mas cuando se fué S..., por tener una cita urgente, y sobre todo, cuando pregunté al espíritu insidiosamente cosas que ninguno de los presentes sabía, ni áun el mismo F...; cuando éste á su vez hizo la misma prueba, y ví que siempre las respuestas de la mesa eran exactas y limpias, es decir, exentas de toda anfibología y titubeo, francamente, no diré que me convertí (mi espíritu rebelde perseveraba en su incredulidad burlesca), pero sí que me quedé asombrado. En dos palabras te formularé mi situación: si ayer mañana, ántes del experimento, me hubiera contado alguno lo que yo te cuento ahora con la mejor fé del mundo, de seguro le hubiera juzgado impostor ó loco; naturalmente si me lo contase hoy, no le juzgaria ni lo uno ni lo otro; me abstendría de juzgar. Por de pronto hoy voy á comprar la obra clásica del marqués de Mirville, y ya te diré qué efecto me produce su lectura. ¿Habrás algo en esto, ó será todo ello pura farándula? Verdaderamente el mundo camina derecho á volverse loco, como decía nuestro Donoso."

Aquellos experimentos y estudios no volvieron á ocupar á Ochoa, dígame muy alto en honor de su buen seso, en cuanto observó la tendencia del nuevo pitonismo á la negación de la religion revelada y de toda religion positiva.

¡Qué atractiva mezcla de cariño y de gracejo hay en su correspondencia íntima! Como su corazón rebosaba ternura, así su ingenio estaba siempre brotando donositas ocurrencias. Nuestro hermano L..., que había pasado con él en París una larga temporada, y con quien se divertía jugando al ajedrez, interesado siempre en las partidas con la fé de un niño, regresaba en enero del 56 á Madrid.—"No puedo expresarte (me decía con aquel motivo) la pena que tengo por la ida de L... Me parece como que se rompe con ella el último vínculo que nos une á vosotros, que sois mi verdadera patria... Pero te diré en confianza que su marcha es una verdadera fuga: se vá impulsado del horroroso miedo que me tiene al ajedrez, efecto natural pero exagerado de las despiadadas zurras que le doy todas las noches, despues de comer*, á ese noble juego, que nunca poseerá á fondo porque se obstina en no ver en él más que una lucha ruin de triquiñuelas, en vez de seguir los elevados principios de mi escuela, toda de hermosas y trascendentales combinaciones."

Hábíame preguntado varias veces el número de mi nueva casa, sin resultado por distracción mia, y en su carta de 17 de marzo de dicho año 56 me escribía esta postdata: "¿Cuándo querrá Dios que me digas el número de tu casa? O es que no les tiene? (remedando oportunamente la grotesca locución de cierto individuo de Aranjuez). Lo habré preguntado unas cuarenta veces, y yo obstinai en callármelo, como si fuera algún misterio nefando... Por lo demas, no quiero ser imprudente: si teméis que el saberlo me ha de producir demasiado efecto, no me lo digáis: por Dios, no me lo digáis!!!"

Omito centenares de ocurrencias que se me vienen á la memoria aún más graciosas que las precedentes, por no hacer interminable esta carta.

Pensé dejar para el fin la narración de la espantosa

* L... niega el hecho, y sostiene que era él quien daba las zurras á Ochoa.

tortura que sufrió el paternal corazón de Ochoa en el año 1861 y de las delirantes excursiones que su razón, medio extraviada por el dolor, hizo entonces por las regiones sombrías de lo desconocido y del infinito. No me siento con fuerzas para renovar con sus pormenores aquel suplicio á su desolada familia. Diré solo la ocasión de aquel solemne suceso: fué primero un baile en que se fingía un Eden y una fantástica primavera; fué luego que en ese mismo baile una hija de Ochoa de 21 años, hermosa como las flores, inteligente como los ángeles, se vió de súbito envuelta en llamas por haberse comunicado á su vestido el fuego de un fingido tulipán de gas; y fué por último, que al cabo de un purgatorio de cuatro meses largos, durante los cuales se sucedieron desgarradoras emociones, alaridos de dolor, contorsiones, carcajadas convulsivas, cantos de esperanza, gritos de desesperación, éxtasis magnéticos, apariciones celestiales y santas revelaciones, aquella criatura, que de ángel de belleza paró en sangriento y denegrido espectro, rindió su espíritu al Criador, dejando á su familia sumida en un abismo de confusiones é indescriptibles dolores.—¿Qué mucho que llevase el semblante de Ochoa en estos últimos diez años la majestuosa estampa de la melancolía? Con ella recorrió la Europa y parte del Oriente... pero creemos que la esperanza de reunirse á su adorada mártir endulzó al morir su penosa agonía.

En la emoción que me domina, no acierto con las acostumbradas frases de despedida; adjudíquelas Vd. á su gusto, con tal de que sean las más cordiales y delicadas.

De Vd. amigo y seguro servidor Q. S. M. B.

PEDRO DE MADRAZO.

Madrid, 7 de marzo de 1872.

UNA NOVELA POR ENTREGAS.

I.

Digase lo que se quiera en alabanza del poderoso instinto de sociabilidad que ennoblece al género humano, yo creo que de día en día va siendo más difícil el trato y comunicación del hombre con el hombre, y que á medida que más se ensanchan los horizontes de lo que podemos llamar civilización al por mayor, más y más se dificulta el comercio social en detalle y á la menuda. Ello podrá parecer una paradoja; pero de mí sé decir, que desde el día que abandoné las soledades adonde me llevaron desengaños del mundo y melancolías de soñador, no he salido una sola vez á la calle sin recibir una impresión desagradable, sin encontrar en el trato con mis semejantes un motivo de disgusto, de hastío ó de repulsión. Maravilla ha sido que á las primeras de cambio no haya dado con un descortés que me ha saludado con una grosería, ó con un pedante que me la ha echado de padre maestro, ó con un tutor y curador que me ha querido gobernar á su gusto, ó con un impertinente que me ha corregido el lazo de la corbata, ó con un barbilampiño que me ha querido examinar de calavera, ó con un chismoso que me ha contado, con el aumento del 5 por 100 de corretaje, lo que de mí se murmuraba: en una palabra, con una de las plagas innumerables que pueblan los paseos, los teatros, los salones, todos los centros de reunión donde se practica ese comercio de mala fé que se llama trato social.

No se crea por esto que soy misántropo... ¡oh! eso no; líbreme Dios de caer en ese abominable estado del alma y del espíritu que podría definirse la nostalgia del estado salvaje en el seno de la sociedad. ¿Qué especie de monstruo sería el hombre si se despojara de la benevolencia, de ese atributo superior que le permite ensanchar el círculo de la simpatía más allá de los estrechos límites concedidos al bruto?

No, yo no soy misántropo; creo, por el contrario, que es una excesiva benignidad de carácter (si se me permite la inmodestia) la que atrae sobre mí las plagas sociales de que me quejo, á la manera que, según la opinión vulgar, la sangre ricamente adularada es causa de predilección para los mosquitos. Si así no fuera, ¿cómo se explicaría la inefable beatitud de que me veo poseído siempre que al acostarme no siento el corazón dolorido, aporreado el entendimiento ó contuso el sentido común? Los días que tal sucede, que por desgracia son muy raros, el mundo me parece una mansion de delicias; el júbilo me hace ver en los homoplotos de mis semejantes las alas incipientes del querubín, y, á diferencia de un famoso tirano, quisiera que la humanidad tuviera un solo cuello para confundirla en un abrazo universal. Todo en esos momentos de inexplicable ilusión me parece bello y sonrosado como la aurora de una ansiada

felicidad: veo la criatura labrando la felicidad de la criatura; la política realizando los fines de la moral; la palabra sirviendo de vehículo á la verdad y de difusor maravilloso á la universal simpatía... ¿Qué más diré? Hasta la novela por entregas me parece en esas horas de deliquio un pecado soportable y venial.

¡La novela por entregas!... Inagotable manantial de penosas emociones, cuando, por rara fortuna, no me encuentro bajo la influencia anodina de un candoroso optimismo! ¡la más irremediable de todas las plagas que acibaran mi vida! Irremediable digo, porque de ella no me es posible huir: la veo en todas partes, y me atrae como el vacío. Cuando mi mala suerte no encuentra á mano un pedante, un mal criado, un perillan con que torturar mis nervios, nunca la falta una entrega de novela que ponerme en emboscada detrás de una puerta... ¿Y qué entrega! La más subversiva del buen sentido, la más disparatada de cuantas en busca de acomodo corren diariamente de casa en casa. La ingeniosa, la entretenida, la que disimula sus faltas bajo las galas con que la adereza una imaginación lozana, esa raras veces se me viene á la mano: la inevitable para mí es aquella en que se trastornan las leyes del planeta, ó se insinúan estupendas teorías políticas y sociales, ó se entregan á la más desatada anarquía las reglas de la gramática. Cuando cae en mis manos uno de esos fragmentos de libro destinados á entretener el ocio de mis amables conciudadanas, apodérase de mí una curiosidad salvaje, una comezon irresistible. La viñeta estampada en las cubiertas del cuaderno á guisa de señuelo me fascina; el vértigo se apodera de mi cerebro, y déjome arrastrar por una fuerza irresistible semejante á la que subyuga al gorrion imprudente en la atmósfera magnética del mochuelo cazador.

II.

El otro día, al volver de mis soledades, creí por un momento que durante mi ausencia el mundo había experimentado una sensible transformación. Me hallaba en la ciudad, y había recorrido impunemente sus calles sin recibir ninguna de las desagradables impresiones que poco antes me habían obligado á abandonarla. Creí de buena fé que era llegado para mí uno de esos días que la supersticiosa antigüedad marcaba con piedra blanca, y sentí ratozarme en el corazón un no sé qué de falansteriano que volvió á despertar en mí los apagados instintos de sociabilidad.—Haré una visita, dije con ánimo resuelto y valeroso.

Era tentar al diablo; pero quise ver hasta qué punto era durable el manso cefirillo que por tan fácil y desusado rumbo guiaba aquel día mi barquilla. Anduve dos calles más sin tropiezo, y me encontré sano y salvo en casa de una señora, antigua amiga mía, á quien no había visto en mucho tiempo. Su hija Rosita, niña de quince años que se ocupaba con ahínco en borrar las gracias de la adolescencia bajo un peinado abrumador y una capa compacta de blanquete y arrebol, se mecia, cuando llegué, en una butaca de verano, como se mece la flor de su mismo nombre acariciada por las brisas primaverales: tal me pareció, á lo ménos, bajo el prisma que en aquellos momentos embellecía á mis ojos todos los objetos. Mas ¡ay! bien dice el adagio: no hay rosa sin espinas; al pasear una mirada cariñosa alrededor de aquel tallo esbelto y de aquella flor delicada, observé que las hojas de que estaba rodeada eran las de unas entregas de novela, profusamente esparcidas sobre dos sillas que flanqueaban la butaca; y hubiérame de jado arrastrar de la invencible curiosidad que en mí despierta esa literatura trashumante, á no recordar por los títulos y viñetas de las cubiertas que ya otra vez había recogido en aquellas páginas el amargo fruto de la tentación. Confié, sin embargo, en que la discreción de Rosita, que acababa de salir del colegio con fama de muy instruida, y la amabilidad de su madre, neutralizarían la desagradable impresión que acababa de recibir, y con esta esperanza me dispuse á pasar un rato agradable en su compañía.

Hablamos del calor, y el tema nos condujo naturalmente á discurrir sobre los placeres del campo; pero á las primeras de cambio Rosita se enfrascó en la improvisación de un idilio, cuyo estilo afectado y empalagoso comenzó á ponerme en consternación, y al cabo de un cuarto de hora de cháchara me preguntó como por vía de corolario de su bucólica lucubración:

—¿Es Vd. aficionado á pescar con caña?

—No conozco ese arte, la respondí.

—¿Oh! replicó Rosita poniendo los ojos en blanco; entre los placeres del campo yo no encuentro ninguno comparable á la emoción que experimenta el pescador de caña al prender un cetáceo en el anzuelo.

—¡Maldición! exclamé para mis adentros; ese cetáceo no me es desconocido; le he visto por primera vez en una de esas entregas de novela popular que estaba leyendo Rosita. Soy perdido: esa niña rumiaba la flor y nata de la literatura popular.

—¿No es Vd. de mi opinión? me preguntó Rosita, viéndome suspenso y distraído.

—Sí, sí, en efecto, respondí; confieso que ese cetáceo pescado con caña debe producir la más imponderable de las emociones.

—¿Yo la he experimentado más de una vez! añadió Rosita haciendo asomar á sus labios la sonrisa del amor propio satisfecho. ¡Oh! No comprendo cómo hay almas insensibles á esos placeres sencillos. ¿Es Vd. aficionado á emigrar en la canícula?

—En la canícula y en cualquiera estación, Rosita. ¿Y usted?

—¿Oh! yo no estoy por los viajes de verano al extranjero, ni comprendo cómo hay quien prefiere otros países á las pintorescas comarcas de España. La moda en este punto es exagerada y ridícula. ¿Qué irá Vd. á buscar á Francia ó á Suiza, que no se encuentre más cerca y más barato en este privilegiado país? A mí me parece hasta criminal ese prurito de rebajar á los ojos del mundo todo lo que es español. ¿Qué incalificable monomanía! Yo creo, como un escritor popular, que á ser ménos enorme la distancia, la gente acomodada se iría á pasar el verano al Congo ó á la Zona Tórrida... ¿Ha estado Vd. alguna vez en el Congo ó en la Zona Tórrida?

—Sí, respondí con profundo desaliento; los visité antes de su divorcio.

—¿Antes de su divorcio? ¿qué quiere Vd. decir?

—No, nada; quería decir que cuando yo estuve allá, el Congo no era todavía una cosa distinta de la Zona Tórrida. Verdad es que en aquellos tiempos la novela por entregas estaba aun en su período de incubación, y por consiguiente la geografía no había dicho la última palabra.

—Puede ser, dijo Rosita con la distracción propia de las personas que se escuchan á sí mismas mientras hablan los demás; pero supongo que Vd. será de los míos, yo soy muy intransigente en esa materia, y he declarado guerra sin tregua á esa incalificable manía de gastar el dinero fuera de España. ¿Dónde vamos á parar? A ese paso llegará día en que se cumpla el vaticinio de un novelista popular.

—¿Y qué es lo que vaticina ese novelista, Rosita?

—Lo que es muy natural: que siguiendo en progresión ascendente esa deplorable manía, la gente de posibles no se dará por satisfecha hasta que consiga pasar el verano en el polo frío y el invierno en el polo caliente.

Al oír estas palabras se me enfriaron los pies, y mi cabeza ardió como un volcán. Mis extremidades reprodujeron con una detestable fuerza de simpatía los dos polos de Rosita. Me refugié en lo más recóndito de la butaca, y me eché un punto en la boca para no dar pié á que la niña llevase más allá de los fuegos del Sur su erudición cosmográfica.

La madre de Rosita guardaba silencio y me miraba, radiante de orgullo, buscando en mi semblante señales visibles de la admiración que la cultura intelectual de su hija, su talento y su discreción debían causarme.

Rosita esperó un minuto, y viendo que yo seguía silencioso y cabizbajo, me dijo:

—La interrupción de nuestro diálogo me recuerda una frase muy bonita que acabo de leer en esas entregas: «Hay pausas que la prolongación de ellas es un martirio.» ¿No es verdad que es un rasgo feliz?

—Si el apotegma, respondí, es cierto en la forma, como puede serlo en el fondo, lo siento por la gramática.

—No comprendo lo que quiere Vd. decir, repuso Rosita.

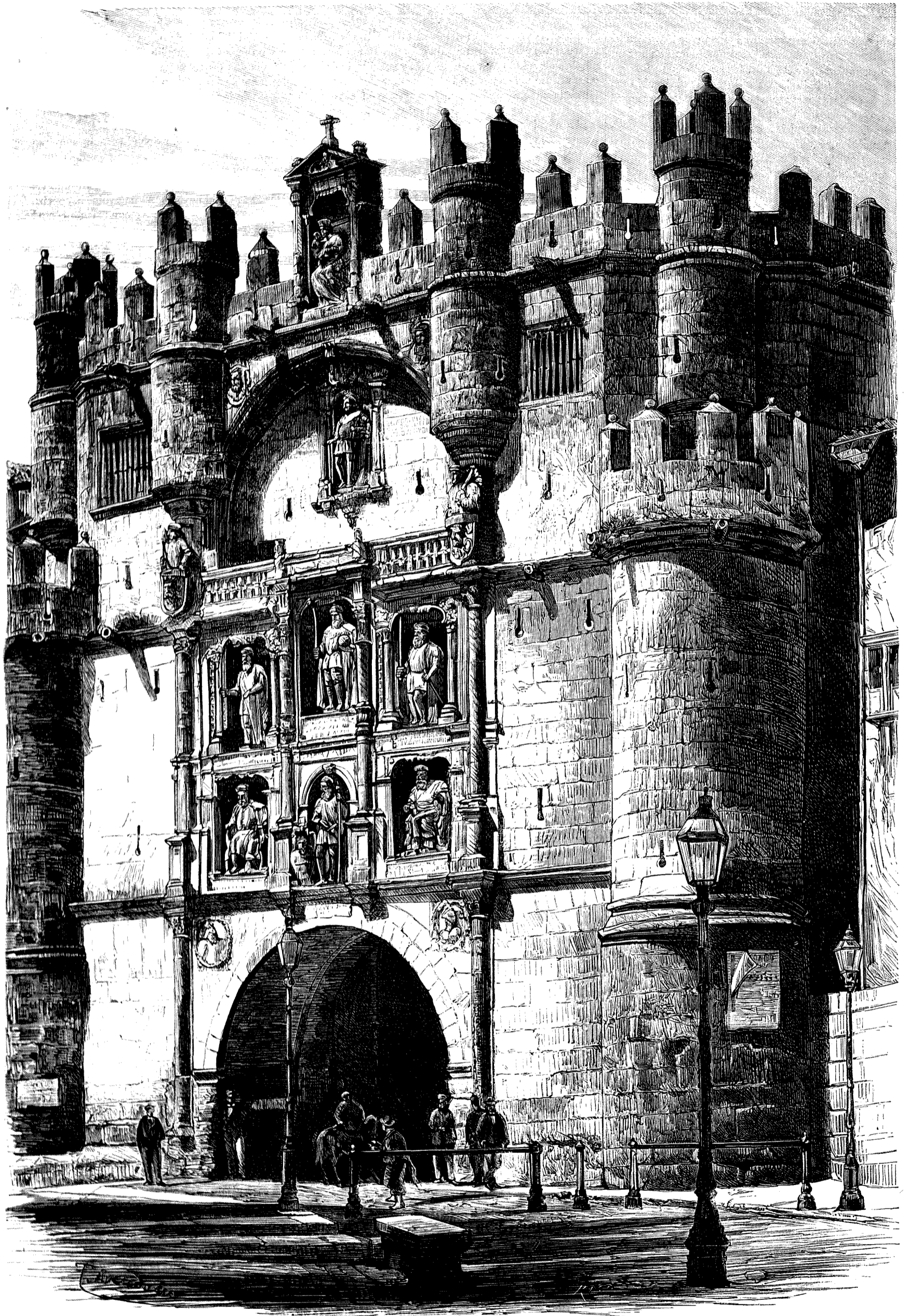
—No, nada de particular: quiero decir que el aforismo que Vd. ha citado con maravillosa oportunidad, podrá ser muy bueno en lo que tiene de absoluto; pero no me lo parece tanto en lo que tiene de relativo.

—¿Ah! vamos, ¿ya caigo! exclamó Rosita con ironía; usted es purista y ha pescado en esa frase algún defectillo gramatical que le ha puesto en consternación.

—No diré que no, Rosita; y eso que en materia de pesca debía estar curado de espanto.

—¿Vaya, vaya! qué melindroso, y qué discontentadizo vuelve Vd. de sus soledades. ¿Se ha hecho Vd. misántropo? (La mamá dió un respingo de placer al oír en boca de su hija vocablo tan revesado.) ¿Qué mala yerba ha pisado Vd. en el campo?

—Ninguna, Rosita; el campo es la felicidad; el trinar de las aves, el murmullo de los riachuelos, el suspiro de las brisas, y hasta el canto de la cigarra, tienen para



ARCO DE SANTA MARIA, EN BURGOS.



LA VISITA.—Cuadro pintado por D. José Casado del Alisal.

PUENTE DEL DIABLO.

A la entrada de Martorell, antigua villa sitiada en la provincia de Barcelona, se levanta al pié de una elevadísima montaña el artístico monumento llamado Puente del Diablo, cuya copia nos ha remitido nuestro amigo y colaborador D. Eduardo Reventós, y publicamos hoy en la página 68 de LA ILUSTRACION.

¡Puente del Diablo! Tal denominacion no cabe explicarla sino por la extraordinaria y fantástica osadía de su grande arco, cuya construccion no acierta á comprenderla el vulgo sino atribuyéndola á un poder sobrenatural y dando crédito á las curiosas invenciones y consejas que ha conservado una no interrumpida tradicion, que ejerce su imperio entre las gentes sencillas de aquella comarca, aun en estos tiempos de escepticismo y descreimiento.

Aunque la destructora accion de los siglos ha borrado de la clave y de los muros ornatos é inscripciones, échase de ver, estudiando detenidamente la diabólica fábrica, que la obra es romana y que cometen un grave error los que suponen pertenece á la época de la dominacion de los cartagineses, error en que incurren cuantos se fían y dejan llevar de la absurda inscripcion que se lee en el nicho central del referido puente, cuyo deplorable epigrafe puesto para conmemorar la reparacion hecha en 1768, consigna que el puente se construyó por el grande Anibal en el año 535 ántes de J. C., y que el arco triunfal erigido á la entrada de aquel lo fué tambien por este candillo en honor de su padre Amílcar. Los autores de la inscripcion ignoraban, sin duda, que Anibal nació 288 años despues de aquella fecha, ó sea en el de 247 ántes de J. C., si la memoria no nos es infiel, y no recordaron tan poco las hazañas de Anibal en España, á las cuales puso término la destruccion de Sagunto, tuvieron lugar por los años 216 al 219, ni consideraron que como los cartagineses miraban la conquista de este país solo como una necesidad para invadir otras tierras, no habian de detenerse á fabricar monumentos de reconocida importancia en territorio que no era suyo, segun sus propios tratados solemnemente ajustados y confirmados por Asdrúbal.

El arco de triunfo es magestuoso; el puente se alza severo, imponente y sencillo, sirviéndole de base recios estribos y causando admiracion su extraordinaria gallardía y aquella atrevidísima ojiva, verdadera concepcion del diablo, tan sutil que parece ha de llevarla el viento, y tan sólido, sin embargo, que mira impasible hace 2.000 años y desafía inmóvil á la corriente del Llobregat y del Noya unidos, cuyas furiosas avenidas han arrasado en algunas ocasiones no solo edificios sino poblaciones enteras.

Cuando la vía férrea de Barcelona á Valencia terminaba en Martorell y la estacion provisional correspondiente á esta villa se hallaba emplazada en la márgen izquierda del Llobregat; cuando aún no se habia tendido el magnífico puente de hierro que se divisa en segundo término en nuestro grabado, puente que sirve para el paso de los trenes, entónces nos causó más de una vez profunda emocion ver los coches-diligencias que hacian la carrera de Igualada, arrastrados por un tiro brioso de seis ú ocho caballerías y atestados de viajeros, cruzar el Llobregat por el Puente del Diablo, emocion que se convertía en verdadero terror en el momento en que el carruaje llegaba á la parte superior del puente y aparecia como suspendido sobre aquel abismo. Por fortuna las autoridades no tardaron en adoptar medidas dictadas por la prudencia, que acabaron con estas temeridades, pues la trepidacion conmovia los pretiles é hizo necesaria su reparacion; mas apesar de aquellos excesos, que seguramente no hubieron de prever los que construyeron el famoso puente, éste no se resintió nunca en su masa general.

Desde este airoso monumento, que está en uno de los puntos más agrestes, en el abrupto Congost, se descubre un paisaje bellissimo, limitado por los picachos del característico Monserrat, cuya falda lame serpenteando el Llobregat, que sigue deslizándose perezosamente por los términos de Olesa y Esparraguera, pasados los cuales recibe las aguas del Noya para acometer con brioso empuje al Puente del Diablo.

No deja de ser notable que en todas las comarcas de Europa existan puentes que llevan el nombre del Diablo. Concretándonos á Cataluña, pues que de ella hablamos ahora, se puede citar, además del que hemos descrito en estas líneas, otro con igual denominacion construido sobre el Segre y tambien en uno de los sitios más agrestes que conocemos, entre Organá y la Seo de Urgel.

X.

LA SECCION CUARTA

DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL.

Ya en otra ocasion, no há mucho, pusimos á la vista de los lectores de LA ILUSTRACION algo de lo bueno que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional. Hoy, á la ligera tambien — que otra cosa no concienten la ocasion ni el espacio de que disponemos — rogamos á quien no tema perder el tiempo en nuestra compañía, que la acepte, mientras le vamos haciendo honra y poniendo á la par ante sus ojos algunas cosas de las más notables que posee la Seccion Cuarta del Museo, ó como generalmente la suelen llamar, el Salon Etnográfico.

Bien mirado, nada extraño tiene que los museos se hallen en ciudades ó barrios que jamás soñaran en darles albergue. Cabalmente esta clase de establecimientos tienen, aunque no siempre, por objeto conservar restos y preciosidades de antigüedad ó procedencia remotas. Con todo eso, siempre llamará la atencion hallar entre el barrio de Embajadores, el Rastro y las Peñuelas, el Museo Arqueológico, establecido en el Casino de la Reina, no por razon alguna científica, histórica ó tradicional, como el de Cluny de París, en el edificio levantado sobre las Termas romanas, mas porque no habia otro lugar á donde llevarle. Ciertamente que esta razon vale por treinta mil, como la del que no iba á los toros por no tener un ochavo; mas siempre se hallará el Museo Arqueológico como extraviado por sitios que le envidian, y, no si razon le disputan, la escuela industrial ó la de veterinaria.

Todo se andará, y pues las obras del edificio para museos y bibliotecas sigue, aunque no muy aprisa, cabe las alamedadas de Recoletos, Dios querrá que á la postre halle en la nueva fábrica sitio mas céntrico y cómodo abrigo el Museo Arqueológico Nacional.

Así sea.

I.

En la antigua estufa del jardin; al presente dividido en dos partes, de las cuales ha tomado una para sí la Veterinaria; estufa hoy convertida en hermoso salon, se hallan conservados cuantos objetos no pertenecen al arte europeo, ó mejor dicho, al clásico, en lo antiguo, y al arte en manos de la raza ariana, en lo presente. Todavía esta clasificacion no es exacta; mas válganos la falta de espacio y de tiempo, que á decir verdad, no es infundada, y pasemos adelante.

Al entrar en el grandioso salon, dos figuras de indios de Otahiti, de buen arte y agradable aspecto, como que se adelantan á dar la bienvenida al recién llegado. El aspecto de aquella seccion del Museo, es, con toda verdad, agradable y hasta grandioso. Los bronces que á primera vista llaman la atencion; los haces de armas, en especial de América y Oceanía; las panoplias de armas blancas malayas, que á entrambas cabezas del salon se divisan; la multitud de objetos, que á la par llaman la atencion y la distraen, mantienen el ánimo indeciso, si ya no es que toma la buena determinacion de empezar á ver por la derecha lo que más á mano se halla.

Así haremos nosotros; que en todo, y por ligera que sea la visita que nos proponemos, se necesita caminar con algun orden.

Lo primero, y de lo más digno de atencion en que nos podemos detener, son los restos de Palenque. Figuras humanas, adornos y signos, hechos de relieve en piedra, hablan á la vista y traen á la imaginacion el recuerdo de aquellas inmensas ruinas, halladas mucho despues de la conquista española, y en las cuales, como que se vé el último lamento del pueblo Tolteca, superior al Azteca en civilizacion y cultura, segun lo acreditan los restos de sus artes. Y ya que de las ruinas de Palenque hablamos, diremos que en pocas cosas de América se hallará mejor indicado el origen asiático de su civilizacion que en aquellas. Como puede verse en la obra del abate Brousseau de Bourbourg, por ejemplo, á cada paso se hallan motivos de ornamentacion que parecen indios y aun egipcios, siendo de notar la frecuencia con que están representadas cabezas de elefantes, como si se tratara de monumentos de la India, y no de América, en cuyo hemisferio no recuerdan la historia ni la tradicion la existencia de aquellos animales.

Armas con puntas de piedra, lanzas, flechas, venablos, macanas y porras, que no son á veces sino gruesas ramas de árbol apenas desbastadas por la parte que sirve de asidero ó mango, ocupan buena parte de los armarios siguientes, ó de los que podemos llamar trofeos, y no se hallan entre cristales. Tambien se ven, de igual

manera dispuestas, algunas armaduras hechas de placas de bronce unas, y otras de asta, sujetas con anillas del metal ya mencionado, las cuales son por el estilo de las que forman las cotas de malla.

Despues, paseando la vista por los armarios, se ven los temibles lazos y bolas de los Gauchos de Buenos-Aires, así como las descomunales espuelas y raros estribos que usan. A la par están los calzones, que no son sino los de *correal* ó *estezado*, tan usados acá en España, en especial por cazadores y gente que se ocupa en rústicas faenas.

II.

A vista y vuelo de pájaro vamos viendo el salon, de suerte que sólo nos detendremos breves instantes en los sombreros que se ven más allá, de hechura por extremo singular, tanto los que usan algunos indios de América del Sur, como el útil y pintoresco *salacot*, harto conocido en Filipinas, donde ha servido de grande utilidad á nuestros soldados, con gran ventaja para su comodidad y salud. De igual manera merecen especial mencion algunos sombreros del finísimo tejido llamado en algunas partes de América *jipijapa*; despues de los cuales ofrece contraste curiosísimo un armario lleno de trajes, verdaderos *water-proofs*, como si dijéramos, impermeables, pues la materia de que están hechos, y proviene de ciertos pescados, al propio tiempo que es transparente á la luz, preserva, cuando se halla sin rotura, de toda humedad. Cabalmente, encima de este armario se puede ver la manera que tienen los indios de imitar el arte europeo, en unos cuadros que representan asuntos religiosos, y tienen á trechos pedacitos de nácar embutidos.

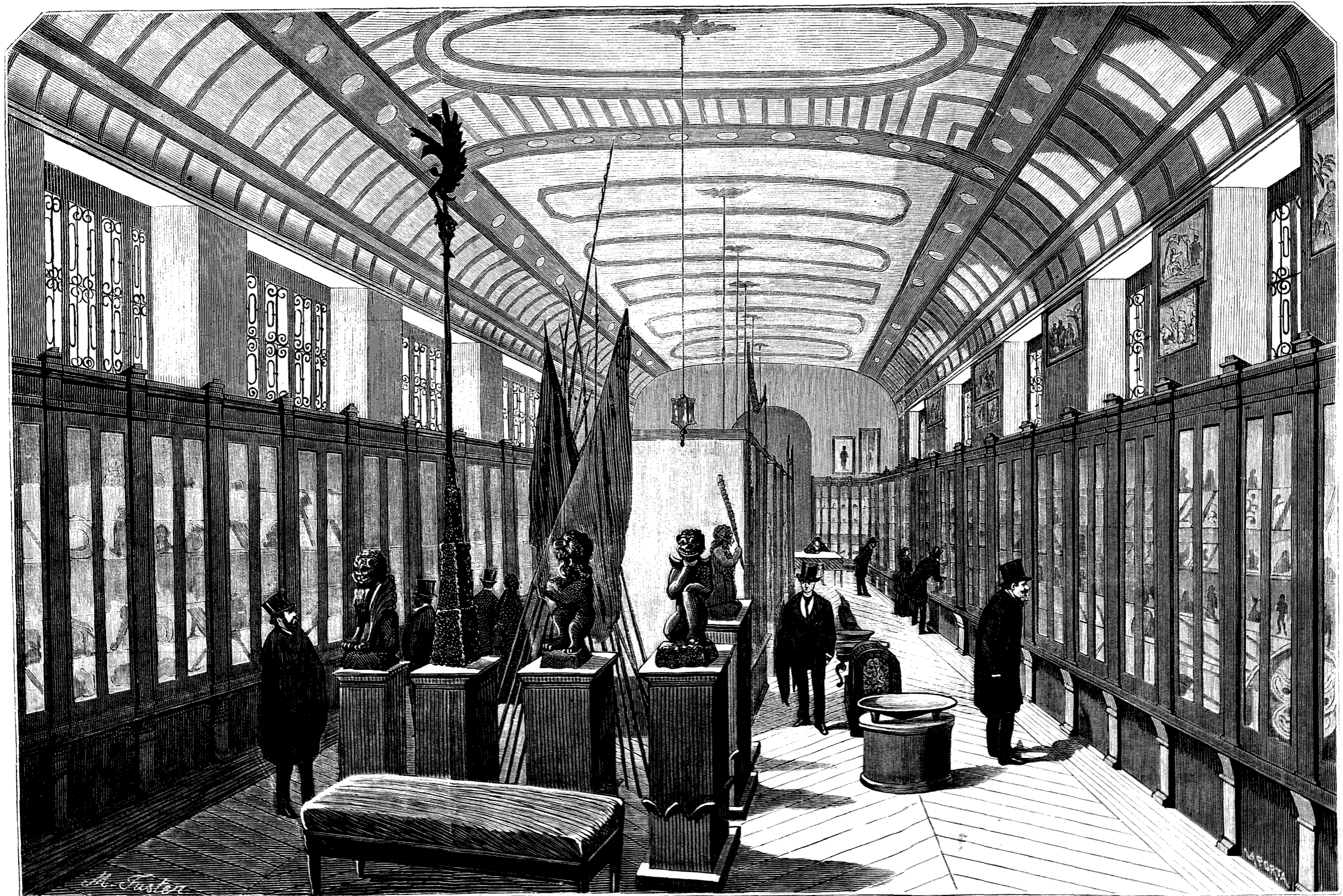
Al llegar aquí, titubean los ojos entre detenerse en la hermosa panoplia — que tal la podemos llamar — de armas malayas, y unas figuras de extrañas formas, sobre las cuales se alza y descuella la representacion del Aguila Garudda. Allí, en lo alto, aletea, y parece como dispuesto á combatir aquel sér tan venerado de los indios, á quien representan, como se ve en nuestro Museo, en parte águila y en parte hombre. La disposicion en que está, como apercibido á la pelea, nos lo muestra, sin duda, en el momento en que acude á Vichnú. En efecto, á éste, en su sétima encarnacion, y siendo el niño Rama, le salvó el ave sagrada de una sierpe que el gigante Ravana habia sacado de su propia frente, enviándola en seguida para que matase al hijo del cielo, que siendo dios conservador, como Brahma es criador, habia bajado á la tierra, sometiéndose á todas las miserias de la humanidad para salvarla. Aquel ídolo y demas que le rodean, provienen de la isla de Bali, inmediata á Java. Son notables, por su extrañeza, las figuras que se ven en torno del Aguila Garudda. Unas representan jóvenes zagalas, otras animales monstruosos, y otras son los *reichas* (rukuss de los indios), ó custodios del templo, armados con sendas clavos. Unos y otros están pintados de diversos colores, entre los que predominan el verde oscuro y el amarillo.

Al lado de estas figuras se ve una cabeza de Buda, que, en verdad, parece hermosa al lado de aquellas, á pesar de sus desmesuradas orejas y cabellos en forma de pasas. Háse dicho que no habia en parte alguna de Java rastro que indicara la anterior existencia del culto de Buda, pero, entre otras razones de señalada importancia que se pudieran alegar, fuera la cabeza que posee el Museo, y cuya procedencia es conocida, una de las más importantes para desvanecer semejante opinion.

Debajo de las armas malayas mencionadas há poco, cuyas hojas, en especial las de hechura flamigera, demuestran el cuidadoso esmero que los hijos de aquella parte de Oceanía ponen en tener armas de mortífero efecto, hay en los estandartes, pequeños objetos, algunos de mérito singular. Como no nos es posible tener el paso, y lo que ha de ser este artículo no consiente otra cosa, mencionaremos, además de unas pinturas chinas en cristal, de procedencia dudosa, á nuestro entender, tres figuritas, preciosa y artísticamente talladas en sendos dientes de caiman, que representan mujeres, una de ellas, dama lujosamente vestida, y otra graciosa nodriza, cuyo rostro, apesar de la pequeñez de la figura, es de bella expresion y proporciones.

III.

Siguiendo para dar la vuelta al salon, dejando en medio los armarios centrales, de igual hechura y disposicion simétrica que todos los que corren á lo largo de las paredes, se ven diversos instrumentos de música chinos, desde la flauta hasta una especie de salterio, y desde los platillos, que ya al presente tienen carta de naturaleza en Europa, hasta los que podríamos llamar ascendientes de nuestras bandurrias y guitarras, sin



UNA SALA DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO DE MADRID.

contar con uno muy singular, en que cada platillo es una nota. Venian á usarle apoyado en la cadera, como los griegos la lira, á la cual se parecia sólo en esto, que en nada le puede recordar el modo de tañerle.

No léjos de los instrumentos músicos, véanse otros de guerra, entre los que fuera imperdonable no mencionar las espadas, ó mejor sables de la verdadera India; esto es, de la Asiática, que por creer Colon habia dado con ella cuando descubrió el Continente Americano, dió el nombre de indios á los hijos de éste. Y aun despues, nosotros hemos hecho lo propio con los hijos de Filipinas, ménos fundados todavía que el gran descubridor. Los sables de que hablamos tienen notable, además de la forma singular del puño, la pequeñez de éste, que le hace muy poco apropiado, y aun punto ménos que inútil para manos europeas.

Pero la ley ineludible á que estamos sujetos nos hace pasar adelante con harta premura. Pinturas, objetos de adorno y utensilios de China, ocupan buena parte de los armarios que vamos recorriendo, en los cuales se pueden ver filigranas muy delicadas y dignas de admirarse. Despues, y como para contraste á la vista del arte de un pueblo en gran manera adelantado, se hallan objetos de uso diario de los pueblos salvajes, desde el adorno de la cabeza, hasta el calzado. Más allá se ven instrumentos de música; despues artes de pescá, luego... Sólo mencionando todos los que hay á la vista, llenáramos varios artículos, harto más extensos de lo que un periódico

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE MADRID.



PUTEAL.

menzamos hoy nuestra muy agradable tarea publicando en la página 72 la copia del magnífico Arco de Santa María.

Sabidas son las dificultades y la tumultuosa resistencia que opusieron las ciudades castellanas al reconocimiento y jura del jóven príncipe-rey Carlos de Gante y las turbaciones que con este motivo en sangrentaron el suelo castellano apénas el monarca, recién venido á España, acababa de hacer su entrada pública en Valladolid al espirar el año de 1517.

Congregados los procuradores de las ciudades en el convento de San Pablo de dicha ciudad en el mes de enero de 1518, hizose ya intérprete del general disgusto que sentian los reinos, el celoso y enérgico diputado por Búrgos, el doctor Juan Zumel, disgusto que provenia de la preponderante influencia que empezaban á ejercer los flamencos en los destinos y gobernacion de España y de otras causas de todos conocidas.

Nuevas alteraciones del órden vinieron en 1519 y 1520 á servir de protesta contra los exorbitantes impuestos votados por las Córtes, contra la desvergonzada ambicion de los extranjeros que se habian apoderado de todos los más importantes empleos y dignidades, contra la venalidad de los oficios y cargos públicos, y contra la no interrumpida emigracion de la moneda española á los Países-Bajos; pues todos los dias se veian salir conductas de oro, de plata y de objetos preciosos en cantidades tan grandes que casi desaparecieron de Castilla los doblones llama-



AMPHORA.



OXYBAPHON.



HYDRIA.

de la indole de LA ILUSTRACION consiente. Mas no dejaremos de mencionar los sombreros cubiertos de preciosas plumas, algunos en muy buen estado de conservacion.

Armas y utensillos de piedra, ídolos y hachuelas de cobre, ocupan notable espacio, y bien merecen, por lo singulares, que se detenga en ellos un poco la atencion. Tambien se hallan de trecho en trecho objetos de arte y de uso diario, que imitan al arte europeo, pero con notables modificaciones en la ornamentacion algunos, que demuestran haber sido hechos por raza distinta de la nuestra. Antes de llegar al fin del salon, por esta parte, mencionaremos un *tibor* de gran tamaño, de porcelana, cuya excelencia acrece la pena en quien le mira, de verlo, si bien se halla restaurado de la mejor manera

que ha sido posible. Otro vaso, de tamaño casi igual, mencionaremos, digno por su forma y adorno de mencion especialísima. Viene de Méjico, y es, además de su belleza relativa, notable por no haber muchos objetos en el Museo Arqueológico procedentes de la hermosa y desventurada Nueva-España.

(Se concluirá.)

FERNANDO FULGOSIO.

ARCO DE SANTA MARÍA, EN BÚRGOS.

Deseamos ir dando á conocer en las planas de LA ILUSTRACION las joyas arqueológicas y artísticas que se conservan en la monumental ciudad de Búrgos, y co-

dos de á dos, moneda la más estimada, por lo cual se hicieron populares estos apóstrofes con que se saludaba al extraviado dobloncejo que venia á parar á las manos de alguno de nuestros antepasados:

«¡Doblon de á dos! Norabuena estedes
Que con vos no topó Xevres.»

«Salveos, Dios, ducado de á dos
Que monsieur Xevres no dió con vos.»

Entónces salió nuevamente de su quietud Búrgos, asociándose al movimiento insurreccional de Toledo, Segovia, Zamora, Madrid, Guadalajara, Soria, Cuenca, Toro, Avila, etc., ensañándose con el procurador Ruiz de la Mota y tomando una parte muy activa en los aconte-

EL MURCIELAGO.

(CUENTO ALEMÁN.)

Por odio que se tenían,
Ó por otras causas graves
Que ni ellos quizá sabían,
Guerra mortal á las aves
Los cuadrúpedos hacían.

Ya deshechos como espuma,
Ya iracundos como el mar
Los dos partidos, en suma,
Iban perdiendo á la par
Quién el pelo, quién la pluma.

Solo feliz y contento
El murciégalo vivía,
Pues á la victoria atento
Dando su chillido al viento
—¡Viva quien vence! decía.

Y como el gran camastron
Es neutro, según se sabe,
Pillaba siempre turrón,
Siendo con los unos ave
Y con los otros ratón.

Cansados de guerra al fin,
De avenirse hallaron modos
Repartiéndose el botín,
Y rechazados por todos
Fué el animalejo ruin.

Desde entonces sin cesar
Solo de noche se arroja
El murciégalo á volar,
Que aun siendo vil, le sonroja
Que se lo puedan llamar.

MANUEL DEL PALACIO.

MODAS.

Madrid 8 de marzo de 1872.

Dos cosas van cambiando de forma de una manera rápida; las faldas de los vestidos y el peinado: ni las primeras arrastran, ni los segundos caen ya sobre la espalda.

Ya que no otra ventaja, la nueva ley de la moda tiene la del aseo: los vestidos llamados *de media cola*, se rompían y se deterioraban más que los de cola entera.

En cuanto á los peinados, los cuellos muy anchos que se inventaron el pasado invierno, y que tan corta vida han tenido, dicen hasta qué punto aquella forma de disponer el cabello perjudicaba á los cuerpos de los vestidos.

Todos los trajes se hacen hoy con falda corta como hace seis años, y tan corta, que deja ver todo el pié: algunas modistas inteligentes, pensaban que sólo sería esta forma para las telas fuertes del invierno, como el terciopelo, el paño y el satén; pero los nuevos modelos de primavera, de género mucho más ligero, como gros, faya y foulard, traen exactamente la misma.

Dicen algunas señoras, que el traje corto quita majestad y elegancia á la mujer: no convengo más que en lo primero: con falda ceñida y de *paso corto*, había en el siglo pasado mujeres tan elegantes como en el nuestro, y bien equivale la vista de un lindo pié, estrecho, arqueado, elegante, á la vista de media vara de tela que barre el suelo: la elegancia de la falda corta y ceñida, si no es majestuosa, es graciosa, y los bonitos piés están de enhorabuena.

Al acortarse los trajes, se ha subido el peinado, y era natural, pues el carácter de la moda está acorde casi siempre: los rodetes altos descubriendo el nacimiento del cabello en la nuca, tienen también su sello notable de coquetería, de *gracia española*, por decirlo así: los cuellos esbeltos se lucen perfectamente, y los que no lo son, lo parecen ahora que se ven libres de las pesadas castañas que ántes los cubrían y abrumaban.

Se lleva sobre el rodete una peineta no muy grande, pero de forma especial: no pueden utilizarse las que

sirvieron á nuestras madres y abuelas, con buen éxito: las de hoy son de distinta forma.

**

No llegan de París grandes novedades: las primeras familias de la aristocracia se hallan fuera de la capital, y hasta la aristocracia de la banca está en el extranjero: una amiga que reside en París, y á la que pregunto noticias ciertas que poder comunicaros, me escribe lo siguiente:

«Muy poca cosa puedo decirte: no hay bailes ni fiestas nocturnas: los palcos de la Ópera, de los Italianos y de la Comedia Francesa, están cerrados. La alegría es sin animación; la esperanza sin mañana, y un malestar indescriptible, pero cuyo punto de partida es completamente moral, reina por todas partes y se hace cada día más intenso.»

Sin embargo, otra dama residente también en París, me habla de un vestido delicioso que le han hecho para asistir á una comida de etiqueta, y que es de un estilo tan nuevo como elegante.

Consta de una falda de raso negro redonda y toda plegada, y de una túnica de cola de raso azul: esta túnica, lleva al borde un rico encaje blanco, al que sirve de cabeza un bias de raso negro: forma delantal corto, y por detrás se despliega, como queda dicho, en una espléndida cola: un lazo de raso azul, con largas caídas adornadas de encaje, señala el talle por detrás, y el cuerpo se abre en el pecho, dejando ver una camiseta de encaje blanco: otro encaje guarnece las mangas estrechas, pero abiertas hasta el codo: un lazo de raso azul sirve de hombrera.

Como traje de visita y paseo muy lindo, citaré uno de reps de seda gris de lino: el bajo de la falda, que es corta, está adornado con un volante fruncido, separado con un bullon de la misma tela, y por una franja de borlas del mismo color: la túnica, ceñida por delante y muy hueca por detrás, está guarnecida de un ancho bias de terciopelo negro: las mangas de codo son muy ajustadas: una vésa ó casaca sin mangas, de terciopelo negro, completa este traje, con un sombrero de terciopelo y encaje negro, adornado de una pluma gris.

**

Hablemos de trajes más modestos, que no por serlo, son menos bonitos.

Para visitas de confianza, es muy apropiado, y sirve también para paseo, uno de merino fino azul, de un matiz vivo que ahora acaba de hacer su aparición: participa del celeste y del Prusia, y es más bello que estos dos: la falda corta y con poco vuelo, se adorna con cinco bieses pequeños de terciopelo azul: cada uno de estos bieses llevan un grueso vivo de raso azul también.

Segunda falda, cayendo mucho por detrás: por delante queda muy corta y ceñida; al derredor lleva otro bias igual á los de la primera: el cuerpo á la inglesa y con faldones que se abren graciosamente en los costados, no lleva otro adorno que unas solapas de raso, pues queda abierto en el pecho en forma de chal.

La manga, semiancha, tiene en la parte inferior una gran vuelta á la francesa, rodeada de un bias de terciopelo con vivo de raso.

**

El color de rubí y al azul son los dos preferidos en París por las damas más distinguidas; en la reunión semanal del duque de Aumale, y en las recepciones de confianza que tiene los domingos la condesa de París, no sólo las princesas de la familia, sino casi todas las señoras que asisten, usan estos dos colores.

Se lleva también en París un remado de nuestra graciosa mantilla, prenda esencialmente española, y que todas las demas naciones nos envidian: las más distinguidas damas francesas han inventado una gran capucha que forma pelerina, y que tiene largos cabos: se cruzan estos en el pecho y se enlazan por detrás en el talle: la capucha se prende en la parte superior de la cabeza un poco hácia atrás del peinado, y de modo que deje ver un lazo ó una rosa al lado izquierdo.

Las damas españolas entienden mejor todo el partido que se puede sacar de la mantilla, porque me han asegurado que para Semana Santa se están haciendo muchas de las llamadas *de mija*, y que serán el preciso complemento del vestido corto y del peinado alto, que tan bien sienta á las airosas cabezas femeninas.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuación).

—¿Te acuerdas del día que murió mi madre?...
Pepe hizo un movimiento involuntario y no respondió.

Cármen entonces volvió á decirle:

—¿No te acuerdas de aquel día?

—Sí, contestó Pepe turbado. Y serenándose al punto, añadió:

—¿Y me quieres hacer el favor de decirme á qué viene esa pregunta?...

—Viene... respondió la chica aumentando la palidez de su rostro, porque no puedo pasar más tiempo sin recordártelo!...

—¿Qué dices! exclamó José leyendo en la turbación de Carmela todo lo que quería decir con aquella pregunta.

Un profundo silencio siguió á las últimas palabras del muchacho.

La agitación de Cármen había llegado á su colmo. Estaba enfrente del hombre á quien adoraba, del que dependía su porvenir.

El recuerdo del pasado agolpábase en su memoria, y su corazón latía con tal fuerza que parecía quererle partir dentro del pecho.

Viendo que Pepe no tenía trazas de responderla, rompió ella misma el silencio, provocada por sus últimas palabras, diciendo:

—Vamos, Pepe, ¡ve que espero tu respuesta!

Y él á su vez la dijo:

—Permíteme, Cármen, que te haga yo también una pregunta. ¿Te acuerdas tú de lo que te dije el día aquel á partir del cual no nos hemos vuelto á ver?... ¡Si por ventura lo olvidaste yo te lo repetiré!...

—¡No, por Dios! exclamó Cármen interrumpiéndole. ¡Aún resuenan en mis oídos tus desgarradoras palabras!... Mas José de mi alma... ya no soy yo la misma, ¡ahora llovo! y ¡llovo mucho!

Y si mi boca no crees
Que te dice la verdad,
Pregúntaselo á mis ojos
Y ellos te responderán!...

—Cármen, exclamó Pepe sin que le hicieran efecto aquellas frases: te lo dije entonces y te lo repito ahora ¡me das horror!

—¡Pero si no es por mí por quien vengo ha hablarte! dijo con acento desgarrador la muchacha.

—¡Y si no creo en tu alma, cómo quieres que crea en tu honra! exclamó Pepe.

—Es decir que tú y yo...

Cármen quiso concluir, pero la voz se le heló en su garganta, y entonces Pepe concluyó la frase diciendo:

—¡Hemos acabado para siempre!

—¡Y eres tú el que me ha dicho que no tengo corazón!... repuso Cármen sollozando.

Y Pepe, separándose de ella sin curarse del estado de agitación en que la dejaba, marchóse diciendo:

—¡Hija, qué quieres!...

Lograste con tus traiciones
Y con darme tan mal pago,
De un corazón tan leal
Hacer un escarmentado.

En cuanto Pepe se alejó faltáronle las fuerzas á Cármen y cayó de rodillas en el suelo, diciendo al mismo tiempo:

—¡No estoy aún bastante castigada, madre mía!...

La aurora empezaba á anunciar el nuevo día, y Cármen por miedo de ser descubierta levantóse como pudo y á fuerza de muchos trabajos logró entrar en su casa, sin que el Sr. Francisco llegara á apercibirse de la salida nocturna de su hija.

XVI.

Á partir del día que Manolo escribió á sus padres, después de su penosa enfermedad, tuvieron, tanto ellos como María, periódicamente cartas del muchacho.

María también le escribía muy amenudo, haciendo de ese modo más llevaderos los dolores de la ausencia.

Sin embargo que á la pobre niña se la conocían bien sus disgustos, pues estaba muy desmejorada desde la partida de su novio.

Ya se lo decía ella, temiendo que á su vuelta no la había de conocer.



Quando me vuelvas á ver,
Ya no me conocerás;
Que acaba más una ausencia
Que un año de enfermedad.

El por su parte solia contestar á los infundados temores que su novia mostraba de que pudiera olvidarla viviendo tanto tiempo léjos de ella, diciéndola:

Es amor en la ausencia
Como la sombra,
Que cuanto más se aleja
Más cuerpo toma;
Ausencia es aire,
Que apaga el fuego chico
Y aviva el grande.

Convencida la muchacha de sus injustas sospechas, le escribia:

Suspiros que de mí salgan
Y otros que de tí vendrán,
Si en el camino se encuentran,
¡Qué de cosas se dirán!...

Diciendo estas y otras cosas más bonitas que no son del caso repetir, pasaron los dos amantes el tiempo que ha trascurrido desde la enfermedad del muchacho, que como he dicho en el capítulo anterior, eran unos tres meses poco más ó ménos, puesto que la enfermedad de Manolo y la muerte de Petra fueron casi simultáneas.

Pero como parece que el demonio se entretiene en que los seres humanos no tengan nunca punto de tranquilidad, un día recibió la hija de Antonia una carta muy lacónica de Manuel, concebida en estos términos:



«*Maria de mi alma:*

En este momento salgo de Madrid (donde se hablaba de guaripicion), con mi batallon, en direccion á esa provincia donde se han amotinado algunos pueblos. No te puedo escribir más. No te asustes, porque despues de todo no hay mal que por bien no venga, pues será fácil que, si nos acercamos por mi pueblo, vaya á verte, aunque no sea más que un dia. Te quiere con todo su corazon tu

MANUEL.»

(*Se continuará.*)

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.....	22 rs.	Medio año.....	85 »
Medio año.....	42 »	Un año.....	160 »
Un año.....	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.....	30 »	Un año.....	240 »
Seis meses.....	56 »	Cada número suelto	
Un año.....	100 »	en Madrid.....	4 »

IMPRESA DE EL IMPARCIAL, PLAZA DE MATUTE, 5.

